

ABRIL

1

JUEVES

RECREO ESCOLAR



Director: José A. Sánchez Pérez.

Núm. 5



20 CENTS.

MADRID

1920

Biblioteca Nacional de España

POR PASAR EL RATO

JEROGLÍFICOS

$$\frac{1 \ Q \ E}{AA \ Q \ AA}$$

$$\frac{B}{A} \qquad \frac{V}{T}$$

ROMPECABEZAS

Tres misioneros A, B, C, y tres antropófagos D, E, F se ven en la precisión de pasar un río; para ello disponen de una barca en la que caben solamente dos personas. No saben remar más que A, B, C, D y nunca pueden estar solos más antropófagos que misioneros, porque los matarían. ¿Cómo pueden pasar los seis? Este es un entretenimiento de paciencia nada más.

CUESTIÓN ARITMÉTICA

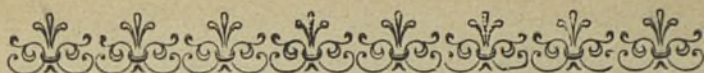
Demostrar que seis y tres forman 8 en francés.

Soluciones que corresponden al número anterior.

A los jeroglíficos: Cuartel de inválidos. Cencerrada,
Al problema: Trece días.

A LA CUESTIÓN INTERNACIONAL

Si six scies scient six cigares, six cents scies scient six cents cigares.—Si seis serruchos sierran seis cigarros, seiscientos serruchos sierran seiscientos cigarros.



LITERATURA

EL PATRAÑUELO DE JUAN DE TIMONEDA

¿Qué es el *Patrañuelo*? Pues, sencillamente, una colección de patrañas.

¿Y qué son patrañas? Ya lo dice el mismo Timoneda; patraña no es otra cosa sino una fingida traza, tan lindamente amplificada y compuesta, que parece que trae alguna apariencia de verdad, y, añade, semejantes marañas las intitula la lengua toscana *novelas*, que quiere decir: tú, trabajador, pues *no velas*, yo te desvelaré con algunos graciosos cuentos, con tal que los sepas contar, como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento y lustre y gracia con que fueron compuestos.

Fué Juan de Timoneda un librero de Valencia que floreció a mitad del siglo *xvi* y murió muy viejo en 1597. Hombre de regular instrucción y suma afición a los ingenios de su tiempo, se hizo editor de muchas obras de honesto entretenimiento, escritas gran parte de ellas por sus amigos, siendo, por tal motivo, uno de los hombres más beneméritos por sus esfuerzos, ya para alentar a los escritores dándoles a conocer por medio de la imprenta, ya para propagar entre el pueblo la afición a las amenas lecturas con publicaciones de *poco volumen y moderado precio*.

Bastará, pues, lo dicho para que nuestros jóvenes lectores comprendan con cuánta razón merece Timoneda ocupar un sitio de preferencia en el periódico RECREO ESCOLAR, pues siendo nuestro lema *cultura y vulgarización*, esos dos fines se propuso llenar Juan de Timoneda en el siglo *xvi*, comprendiendo que más hacen en favor de la literatura y del arte en general los que dan a conocer, con la debida discreción, las obras de mérito literario, que aquellos que, sin aptitudes suficientes, se obstinan en producir engendros y disparates.

Si, por otra parte, consideramos que, modestamente, nos advierte Timoneda que el fin que se propuso con su *Patrañuelo* no

*

fué otro que el de proporcionar algún pasatiempo y humano recreo al discreto lector, nuevamente debemos alabarle como hombre que, sin dejar de ganarse *el pan de cada día*, supo llevar a sus contemporáneos el solaz que tan necesario es para servir de contrapeso a los cuidados y preocupaciones que a diario nos persiguen en este *pícaro mundo*. Se compone el *Patrañuelo* de veintidós patrañas, como las llama el autor, encabezándolas con una redondilla, que resume el argumento de cada una. He aquí una de ellas:

PATRAÑA CATORCENA

A un muy honrado abad
sin doblez, sabio, sincero,
le sacó su cocinero
de una gran necesidad.

Queriendo cierto rey quitar el abadía a un abad para dársela a otro, llamole y le dijo: porque soy informado que no sois tan docto cual conviene, os quiero hacer tres preguntas, y si por vos me son contestadas, os confirmaré para toda vuestra vida la abadía, y si no, habréis de perdonar.

La primera pregunta es que me digáis cuánto valgo yo; la segunda, que a dónde está el medio del mundo, y la tercera, qué es lo que yo pienso.

Concedió el rey al abad un mes de tiempo para pensar en ello, pero aunque los días pasaban, el abad no encontraba contestación acertada para las tres preguntas.

Viéndole triste y pensativo, díjole un día su cocinero: ¿Qué es lo que tiene su paternidad? Contóselo el abad y dijo el cocinero: «Présteme sus ropas vuestra paternidad, me raparé estas barbas, y como nos parecemos algún tanto, iré de noche a la presencia del rey, que no se dará cuenta del engaño, y yo le prometo sacarle de este trabajo, a fe de quien soy.

Presentose al rey el cocinero vestido con las ropas del abad, y el rey le dijo: veamos qué respuesta traéis a mis tres preguntas.

Respondió el cocinero: a lo que me preguntó vuestra alteza, que cuánto valía, digo que vale veintinueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio mundo, es adonde tiene su alteza los pies; la causa que, como sea redondo como bola, adonde pusieran el pie es el medio de él, esto no se puede negar.

Lo tercero, que diga lo que piensa vuestra alteza, es que cree hablar con el abad y está hablando con su cocinero». Admirado el rey, dijo: ¿Eso pasa en verdad? Respondió: sí, señor; que soy su cocinero, y para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el abad. Viendo el rey la osadía y viveza del cocinero, no sólo le confirmó la abadía para todos los días de su vida, sino que le hizo infinitas mercedes al cocinero.

*
* *

Otra colección de cuentos escribió Timoneda con el título de *Sobremesa y alivio de caminantes*.

A ella pertenece el cuento que sigue:

CUENTO III

Habiéndole cabido en suerte a un honrado marido casarse con una viuda mal domada, y él le diese del pan y del palo, ella fué a quejarse a sus parientes, los cuales reprendiendo al marido le decían que no había de tratar así a su mujer, sino castigarla con buenas palabras. Prometió el marido que así lo haría, pero la rebelde viuda era cada vez peor. El buen mancebo por no faltar a su promesa, tomó un palo y escribió a una parte estas palabras: *Pater noster*, y a la otra, *Ave María*; y cuando la mujer se desmandaba le daba con él. Volvió a quejarse a sus parientes, y venidos éstos, dijeron al marido que muy mal había cumplido su palabra. Antes, señores, he cumplido lo que me mandasteis, respondió el marido que no la he castigado sino con buenas palabras; y si no leed lo que en este palo está escrito. Viendo su agudeza, no tuvieron que responder sino volverse a sus casas.



EN BUSCA DEL DENTISTA

Historieta por T. Gascón.



1. Seis noches llevaba sin dormir el tío Celestino. Tenía un dolor de muelas horrible, y no había en el pueblo un mal barbero que le extrajese una muela.



2. Acudió al veterinario, único profesor del arte de curar que había en la localidad, pero este funcionario no se atrevió con la operación.



3. Y echándose la alforja al hombro se marchó a la estación para tomar el primer tren que le llevase a Zaragoza e ir a casa de un dentista.



4. Después de tomar billete de primera triplicada y de ocupar su asiento, a causa del traqueteo del tren y de las seis noches que llevaba sin pegar un ojo, se quedó dormido.



5. Al poco rato entró el revisor y comenzó a taladrar billetes, empezando por los otros viajeros que iban despiertos.



6. Al llegar a nuestro hombre le despertó tocándole en la cabeza, y diciendo:

— ¡Eh! ¡paisano!

— ¡Ah! ¿ya? — dijo Celestino al ver al revisor con el gatillo en la mano—. La tercera de arriba. No se *entiboque*, y *güen* tirón.



CUENTOS INFANTILES

EL DE LOS LOBOS

Pues, señor, este era un chiquillo muy embustero, y un día iba con su padre por un camino a un pueblo donde el chico no había estado nunca. Andaban tan contentos el padre y el hijo, contando el padre unas cosas y el hijo otras, cuando salta el hijo y dice:

—¡Una vez si que vi yo lobos! ¡vi más lobos!...

—¿Cuántos verías, cuántos? — dijo el padre, que ya sabía de qué pie cojeaba su descendiente—¿verías cuatro?

—¡Anda! ¡cuatro! ¡Más!

—¿Ocho?

—¡Más!

—¿Doce?

—¡Más!

—¿Veinte?

—¡Más, más!

.. Vamos, treinta verías.

—Muchos más. ¡Si² iban más lobos!... ¡Me cá cuántos lobos iban!...

—¿Írían cincuenta?

—¡Más de ciento!

—Muchos lobos me parecen.

—Pues más iban, más.

Se acabó ya esta conversación, siguieron su camino, entablaron otras, se cansaron de hablar, y, después de un buen rato de caminar silenciosamente, cuando ya se había puesto el sol, y la noche se estaba echando encima, comenzaron a oír un rumor incesante, monótono y más perceptible cada vez, que obligó al muchacho a ir pegándose a su padre y a preguntarle por fin:

—¿Qué ruido es ese?

—No tengas miedo, no: es el agua de un río por encima del cual pasaremos de aquí a un cuarto de hora.

—¿Hay puente?

—Sí.

—¿Está seguro el puente?

—Sí. Sólo se hunde cuando pasa algún embustero.

Calló el chico, pero por poco rato. No duraría su silencio más de dos minutos y a él se le figuraba que ya iba bueno el cuarto de hora. No pudiendo resistir más, dice:

—Padre: ¿sabe usted que me parece que no iban tantos lobos?

—Ya me parecía a mí que eran muchos: puede ser que no pasaran de ciento, ¿verdá?

—Muchos iban, padre; pero... de ciento no pasaban.

—¿Cuántos irían, algunos noventa?

—Aun puede ser que no fueran tantos.

—¿No? ¿Ochenta?

—Menos, menos, padre.

—¿Sesenta?

—No señor, no; que no iban tantos.

—No, si ya sé yo que es muy difícil que vayan juntos tantos lobos, porque aunque es verdá que un lobo a otro no se muerden, sin embargo, podrían tener sus riñas, y luego que no creas tu que encontrarían así como así alimento para todos ellos yendo tantos juntos. Algunos cincuenta irían cuando más ¿eh?

—Corra, corra, padre, quite lobos.

—¿No iban tantos?

—No.

—¿Qué irían, cuarenta y cinco?

—Quite lobos, quite.

—Pero, hombre, ¿cómo miraste? ¿con cristales de aumento?

—Es que a mí me parecía que iban más; pero no iban tantos.

—A cuarenta sí llegarían.

—No, a cuarenta no.

Y así fueron rebajando lobos, muy despacio para la prisa que tenía el chico de ponerse bien con su conciencia y al paso que convenía al padre para llegar al puente antes de haber rebajado a su justo límite el número de lobos. Al llegar a unos cincuenta pasos del puente, todavía decía el padre:

—Vamos, que cinco lobos ya irían.

Y el hijo decía:

—Cinco... puede ser; puede ser que fueran cinco.

Y siguieron andando sin hablar. Pero llega el padre a pisar el puente, y el hijo se queda un poquito atrás y dice:

- Espere, espere, padre, que no iban cinco.
- Pues vamos, vamos, que fueran los que fueran.
- No, padre, que no iban más que cuatro.
- Pues bien, quedemos en que eran cuatro y vamos adelante.



- No, que aun no sé si llegaban a tres.
- ¿En qué quedamos, viste dos lobos o no viste más que uno?
- Uno solo.
- Pues ya has dao buen bajón; de más de ciento que habías visto, los has dejao en uno. Vamos andando, vamos, que ya no se hundirá el puente.
- No, no, que aun puede ser que se hunda.
- ¿Por qué?
- Porque es que no sé si lo que ví era lobo o era un tronco de carrasca.

Z.

EL DEL CESTO

Pues, señor, ésta era una solterona que se pasaba en la iglesia las horas muertas... (Dicen que esto pasó, me lo contaron como sucedido en Zaragoza en la iglesia de Santo Domingo, que ya

no existe.) ¡Claro! sin marido y sin hijos ni codijos a quien cuidar, sin verse precisada a ganar el pan nuestro de cada día porque sus padres le habían dejado algo qué y sin tener al mundo grandes aficiones, ¿qué había de hacer? pensar en la salvación eterna y dedicar al rezo horas y más horas.

Todas las mañanitas, muy de madrugada, se tomaba su chocolate, ponía su comidica, agarraba la mantilla y el rosario y se encaminaba a Santo Domingo. Allí se estaba oyendo misas, y reza que te rezarás, hasta bien dadas las doce... y, con más ganas de quedarse que de marcharse, se marchaba a comer. Comía de prisa y corriendo, dejaba su cenica preparada y ¡otra vez a rezar! hasta que cerraban la iglesia.

Era con mucho la más rezadora del barrio y siempre estaba en la iglesia con gran devoción, pasando largos ratos como ensimismada, y llegando en su fervor hasta el arrobamiento. Bien la conocían cuantos frecuentaban la iglesia, y no sólo de vista, sino que sabían de qué vivía y que tenía Victoria por nombre: unos la llamaban Vitoria a secas y otros siñá Vitoria, según la relación que con ella tenían. Victoria... ni ella misma sabía que se llamaba Victoria. Y no hace falta decir que uno de los que más conocían a la tal Victoria era el sacristán de Santo Domingo.

Como que llegó a ser la pesadilla del sacristán, pues no había día que no tuviera que estar a última hora haciendo ruido con las llaves para que Victoria se levantara y se fuera y diciendo por fin: «¡que se va a cerrar! ¡que se va a cerrar!» hasta que lograba ahuyentarla y cerraba de veras.

Ya llegó el sacristán a cansarse de tanto aviso y tuvo paciencia por mucho tiempo, pero debía de haberla tenido siempre y el caso es que la perdió. La verdá es que hay algunos sacristanes que son el demonio y no tienen respeto a los santos ni a nada, ni se acuerdan cuando están en la iglesia, de que están en lugar sagrado, y el sacristán de Santo Domingo, aunque no era de mal natural, y bastante lo demostró aguantando tanto tiempo a la siñá Vitoria, fué tentado al fin por Satanás y no pudo resistir a la tentación.

Concibió la malhadada idea de escarmentar a la santurrona y la realizó de la manera más chusca y más original del mundo. Llevó un día a la iglesia un cesto de dos asas y una cuerda muy larga y muy fuerte, y a última hora, cuando hacía mucho tiempo que

Victoria estaba sola en la iglesia, se sube el maldito a la media naranja con su cesto y su cuerda y lo ató bien por las dos asas.

Victoria estaba entonces orando y extasiada o poco menos y el sacristán principia a dar cuerda. Cuando ya estaba el cesto a medio bajar, empieza a cantar el sacristán, con voz algo ronca, con pausa y repetidas veces:

Vitoria, Vitoria,
métete en el cesto
y sube a la gloria.

A todo esto el cesto seguía bajando muy lentamente y Victoria, en cuanto oyó cantar, dirigió los ojos al cielo. Sin ver nada, se figuró que escuchaba no una voz, y ronca por añadidura, sino un coro de voces angélicas y nutrido, nutrido. Se figuró al momento que los ángeles, los querubes y los serafines la llamaban, por su nombre y todo, al trono de Dios para que subiera vestida y calzada a participar de su gloria y, cuando vió que efectivamente bajaba el cesto, ya no tuvo la menor duda, aguardó pacientemente a que el cesto bajara del todo, echó mano a la cuerda, y sin decir «adiós» al mundo y sin acordarse de nada ni de nadie se metió en el cesto y sus oídos se deleitaban con el mismo cántico:

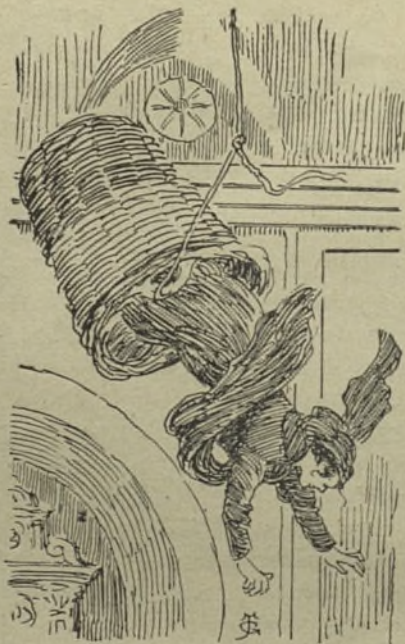
Vitoria, Vitoria,
métete en el cesto
y sube a la gloria.

El sacristán, así que notó que ya estaba embarcada, comenzó a tirar de la cuerda para que el cesto fuera elevándose. Yo no sé qué pensaría hacer aquel condenado, probablemente asustarla cuando la tuviera a la mitad de la altura de la iglesia, el caso es que,



cuando había subido unos tres metros, a la vez que el sacristán repetía cantando:

y sube a la gloria,



se arranca un asa del cesto, da un cuarto de vuelta el vehículo y cae la siñá Vitoria al pavimento poco menos que cocota.

*
* *

Escarmentada quedaria la infeliz, pero también escarmentaría el sacristán que no había tenido intención de ocasionar un daño tan grande.

*
* *

Pues dicen que pasó, que pasó.

Z.



MITOLOGIA

MINERVA

La diosa Minerva de los romanos se llamó entre los griegos Atena o Atenea, y también se denomina algunas veces con los nombres de Palas o Palas-Atena.

Hija de Júpiter y de la sabia diosa Metis, fué considerada desde el primer momento como uno de los doce dioses mayores del Olimpo.

Minerva reunía a la vez un poder sobrenatural, como el de su padre, y una sabiduría, como la de su madre. Por estar dotada de inteligencia e inventiva extraordinarias, se la considera protectora de las ciencias y de las artes, pero tiene además una condición por la cual aparece, como diosa de la guerra, en competencia con Marte.

En todas las Mitologías se alaban la pureza y castidad de esta diosa, que para ser perfecta sólo le faltaba tener humildad. Como veremos, Minerva era muy orgullosa y soberbia.

En el sitio de Troya peleaba Marte entre los troyanos, y Minerva estaba peleando con los griegos. La batalla comenzó de modo tan sangriento, que los cadáveres de uno y otro bando ocultaban la tierra. Minerva entonces citó a Marte en la orilla del río Escamandro, y le dijo:

— Por nuestra intervención ha sido tan cruel la lucha; yo te propongo que dejemos a los troyanos y a los griegos que se defiendan con sus propias fuerzas, y que Júpiter dé la victoria al bando que le plazca.



Marte se negó a acceder a este deseo; continuó la lucha con mayor brío, y al fin, caía Marte herido por la lanza de Diomedes. Este episodio final de la batalla lo hemos descrito con más pormenores en la historia de Marte.

En una guerra que hubo entre los dioses y los titanes, también intervino Minerva; esta diosa derribó y venció a Encelado, gigante de siete brazos, hijo de Tártaro y de Gea, lanzando sobre él su cuádriga o carro tirado por cuatro briosos corceles.

Por la intervención directa que Minerva tomó en muchas de las aventuras del rey Ulises, resulta ser uno de los principales personajes de la Odisea de Homero.

Es muy curiosa la leyenda, que vamos a relatar, de Minerva y Aracnea:

Minerva, la diosa de las artes, era extraordinariamente hábil, y Aracnea, linda mujer, hija de Idmon, un teñidor de lana en una ciudad de la Lidia, hacía primorosas labores con hilos y sedas. Ninguna mujer lograba imitar las maravillas que con la aguja hacía Aracnea, y tanto se envaneció ésta por su habilidad manual, que llegó a decir a sus amigas:

— Dudo que Minerva lo hiciera mejor que yo.

Minerva en el instante se disfrazó de vieja, fué a casa de Aracnea, donde la encontró rodeada de muchas mujeres, y le dijo, imitando la voz de vieja:

— Haces bien en orgullecerte de trabajar mejor que todas las mujeres, pero no debes pretender igualarte a una diosa.

Aracnea se burló de la vieja, y ésta, tirando el disfraz al rostro de su rival, apareció con su característico traje guerrero, y la desafió a tejer un tapiz. Minerva, en presencia de todas, tejó un tapiz maravilloso, Aracnea hizo a su vez un lindísimo tapiz. Todas convinieron en que éste estaba mejor ejecutado; pero la diosa, para castigar la soberbia de Aracnea, la hizo caer de bruces sobre su propia obra, y la convirtió en araña, haciendo que su propio cuerpo produjese el hilo con que hubiera de tejer en lo sucesivo.

En Grecia y en Roma fué Minerva objeto de un culto muy extendido por todos los lugares. Pompeyo, Augusto, Domiciano y otros erigieron santuarios y templos en honor de Minerva. Adriano fundó en Roma un *Ateneo* bajo el patronato de Minerva-Atenea.

COLABORACIÓN ESCOLAR

LOS DOS AMIGOS

Este cuento que voy a relatar ocurrió en tiempos en que las hadas y las ninfas poblaban los campos, los ríos y los bosques.

Eran, pues, dos amigos, llamados uno Juan y otro Julián, casados los dos.

Juan representaba unos treinta años, era fuerte, bastante alto, sus cabellos eran negros como el carbón, su nariz aguileña y sus ojos saltones.

Julián era bastante fornido, de regular estatura y un poco gordo. Su rostro era simpático, cabello rubio, nariz redondeada, ojos vivos y azules y de mejillas siempre sonrosadas.

Juan vivía en compañía de su mujer, sin haber conseguido que el Cielo les hubiera proporcionado un hijito, mientras que Julián vivía en compañía de su mujer y de cinco angelitos, que contaban el mayor nueve años y el menor seis meses.

*
* * *

Estos dos amigos vivían del producto de la pesca.

Un hada quiso probar el corazón de Julián, y para esto hizo lo siguiente:

Desde un cierto día Julián no pudo pescar ni un pececillo, y malhumorado se pasaba en el río horas y horas, mientras que Juan sacaba más peces de los que quería. Al cabo de unos cuantos días, cuando se agotaron los recursos en casa de Julián, éste le pidió a su camarada Juan que, por lo menos, le dejara pescar con su caña un cuarto de hora, pues hacía mucho que no había comido.

Juan accedió, pero no fué sólo para un cuarto de hora, sino que le cambió la caña para siempre, y era de ver cómo se alegraba Ju-

lián al ver que tan pronto como echaba el cebo, se sentían los coleos rabiosos de los infortunados peces.

Pero lo más curioso del caso fué que entre tantos peces como pescó, había un pez de pequeño tamaño, negro, con la cabeza achatada, y en las aletas anteriores de los dos lados tenía una perla roja en cada aleta. El caso es que se lo compró un sabio naturalista por una elevada cantidad de dinero, y Juan vióse rico. Lo primero que hizo fué comprar todas las tierras de ambas orillas del río por alrededor de donde pescó el pececillo y prohibir que nadie fuera a pescar en ese sitio.

Juan, que no podía ir allí, porque lo prohibió Julián, no pesca-



ba ningún pececillo. Llegó un momento en que el necesitado fué Juan, y pidió a su amigo que le dejara pescar un poco en su terreno, pues carecía en su totalidad de alimentos y hacía dos días que no había comido. Mas Julián se negó rotundamente, y entonces el hada, furiosa contra Julián, hizo que donde se pusiera a pescar no hubiera peces y que los hubiera en abundancia donde se pusiera Juan.

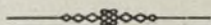
Sucedio, pues, que como Julián no pescaba nada se arruinó, y tuvo que vender las tierras, quedando completamente en la miseria. Pero el hada, que era muy buena, viendo su sincero arrepentimiento perdonó a Julián e hizo que Juan y el anteriormente citado fueran desde entonces los más sinceros y más leales amigos y de muy buen corazón.

Madrid, 14-3-20.

RUFINO SARASA.

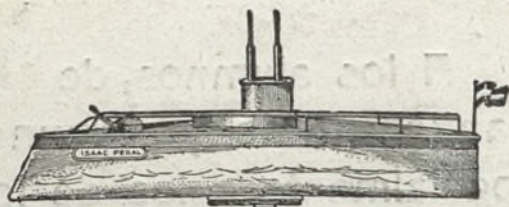
Alumno de 2.º año de bachillerato.

**A los alumnos de
enseñanza media y secundaria,
especialmente a los de los
Institutos generales y
técnicos y Escuelas normales.**



Una de las tendencias de RECREO ESCOLAR consiste en que en sus páginas colaboren maestros y discípulos.

En los primeros números se insertaron tres sonetos del joven poeta y alumno de la Universidad D. José María García Gutiérrez. En este número presentamos un trabajo literario, comenzando así la sección de Colaboración infantil. Es lógico que trabajos infantiles no tengan el estilo de Benavente, Octavio Picón, Linares Rivas o los Quintero, no obstante RECREO ESCOLAR se satisface con estimular a la juventud de la que han de salir los grandes literatos y los grandes artistas de mañana.



Un invento español muy interesante es el submarino juguete que funciona sin mecanismo que pueda descomponerse.

Basta un grano de carburo para hacerle operar lo mismo que cualquier sumergible verdadero. Construido sólidamente durará años. Es un juguete científico que instruye y deleita al niño y al hombre. **PRECIO:** 5,90 pesetas. Para envíos por ferrocarril, agregar 1,80.

L. ASÍN PALACIOS, PRECIADOS, NÚMERO 23, MADRID

RECREO ESCOLAR

REVISTA SEMANAL DE CULTURA Y VULGARIZACIÓN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre (13 números).....	2,50 pesetas.
Semestre (26 números).....	5,00 "
Año escolar (40 números).....	7,00 "

Pago adelantado por giro postal, giro mutuo, cheques o valores de fácil cobro.

Dirección:

Covarrubias, 3

Imprenta:

Bordadores, 10.

Administración:

Plaza de Isabel II, 5, pral.